

**LIBRO 1**

**ITALIA**

Fin de un imperio



## 1. CAÍDA Y RESURRECCIÓN DE MUSSOLINI (JULIO A SEPTIEMBRE DE 1943)

~I~

Ferdinand Beisel era uno de los cinco dobles de Hitler. Pero la historia no los recordaría. Las autoridades nazis pondrían cuidado en ocultar sus identidades reales, su origen, incluso sus nombres. Hay quien duda de que uno de ellos se llamara realmente Ferdinand Beisel. Se sabe que existieron, que el Führer parecía tener el don de la ubicuidad y a menudo estaba en dos lugares a la vez y, un par de veces durante su gobierno, hasta en tres al mismo tiempo.

Así pues, Ferdinand (se llamase o no realmente así) fue un hombre real, con una función real, la de suplantar a Adolf Hitler cuando la situación lo requería. Y a mediados de 1943 era más necesario que nunca. Porque Adolf Hitler estaba cada vez más enfermo y cada vez más fuera de sí.

-¡Esos malditos italianos no se merecen a un líder como Benito Mussolini! ¡Un hombre de Estado sin igual! ¡Un genio! -comenzó a gritar tan pronto como Ferdinand Beisel fue llevado a su presencia a la Guarida del Lobo o *Wolfsschanze*, el cuartel general de Hitler en el este. Beisel había estado en el Berghof, la residencia de Hitler en los Alpes Bávaros, pero nunca en la Guarida del Lobo.

-¡Haremos pagar caro a esos italianos su traición!

Pero a quien gritaba Hitler no era a Ferdinand sino al Mariscal de Campo Erich von Manstein, un hombre de pelo blanco peinado hacia un lado y rostro afable, que no parecía afectado por el tono airado de Hitler.

-¿Qué sucede? -se atrevió a inquirir Ferdinand, demasiado nervioso para darse cuenta de que alguien de su condición debía esperar a ser interpelado.

Hitler no respondió. Lo hizo Manstein:

-El Führer está muy preocupado por los combates en Rusia y se halla completamente concentrado en resolverlos. Los sucesos en Italia le han enervado sobremanera y no se encuentra bien...

-No, no se encuentra bien -dijo un hombre joven que emergió entre las sombras.

Aquella fue la primera vez que el doble de Hitler vio a Otto Weilern, un hombre que sería clave en el devenir de su existencia.

-La caída de Stalingrado y la batalla de Kursk le tienen, en efecto, muy preocupado -dijo Otto-. Adolf necesita concentrarse en el frente del este. Por eso ha llamado al Mariscal Manstein: para supervisar los mapas de batalla y planificar nuevas estrategias. Los sucesos en Italia no deben distraerle de esa tarea. Lleva toda la mañana discutiendo con Keitel y con Von Mackensen, nuestro embajador en Roma, sobre los sucesos en Italia. Y eso debe terminar.

El joven cogió a Ferdinand del brazo y lo alejó de la mesa de los mapas, donde Hitler se había inclinado, preso de la ira, farfullando incoherencias.

-Por primera vez en la guerra, estamos a la defensiva -le susurró Otto-. Al Führer es una situación que le enfurece.

Otto no le dijo, por supuesto, que el ejército alemán había sido ya derrotado y que nunca más en la guerra volvería a hacer una ofensiva estratégica. Algún ataque, aquí o allá, una ofensiva limitada, de eso todavía sería capaz durante un tiempo. Pero jamás volvería a hacer un movimiento de tropas intentando conquistar territorio, revertir la situación, vencer... No. El tiempo de las conquistas del gran Reich de los mil años había terminado.

-De cualquier forma, no entiendo lo que se espera de mí -balbució Ferdinand, que estaba acostumbrado a sustituir a Hitler en actos protocolarios de poca importancia, inauguraciones, visitas a hospitales... cosas por el estilo.

Otto volvió la cabeza. Manstein se había inclinado junto a Hitler y ambos señalaban un punto en el mapa.

-Como ve, amigo mío -dijo el joven-, el Führer no tiene tiempo más que para la guerra. La situación en Italia requiere de su atención y no le es posible atenderla. Esa es una contradicción que le tiene... nos tiene preocupados. Así que a partir de ahora tomará su lugar más a menudo.

Ferdinand Beisel tenía una idea aproximada de los sucesos que habían acaecido en Roma. El Gran Consejo Fascista había traicionado al Duce y lo había depuesto. Incluso el yerno de Mussolini, el ministro de exteriores Galeazzo Ciano, había votado en su contra. Acto seguido, el Rey había ordenado la detención del Duce. Por lo visto, el Estado Mayor llevaba meses planificando cómo acabar con Mussolini. Las derrotas de Rommel en El Alamein y luego en Túnez, el desembarco aliado en Sicilia y el bombardeo constante de las ciudades italianas, habían sellado su destino. Pero a Ferdinand, todo eso le traía sin cuidado. Lo que le preocupaba, como no podía ser de otra manera, era su propio pellejo.

-¿Tomar su lugar más a menudo? ¿Cuánto más a menudo? -tartamudeó el doble de Hitler.

Su parecido con Adolf era extraordinario. De hecho, le había imitado durante años, aunque sin ridiculizarle, pues le admiraba profundamente. En una de sus actuaciones, mientras deleitaba a los reunidos en una cervecería, unos hombres de la Gestapo de Himmler llegaron y se lo llevaron detenido. Pero no, no estaba detenido. Acababa de ser ascendido a doble principal del Führer.

-¿Cuánto más a menudo tendré que sustituirle? -repitió Ferdinand, echándose a temblar.

Otto sonrió.

-Mucho más a menudo.

\*\*\*\*\*

Skorzeny era un hombre de algo más de treinta años, apuesto, cuyo rostro estaba dominado por una cicatriz que le atravesaba la mejilla izquierda. Pero aquella vieja herida, causada por un accidente durante un combate de esgrima, le hacía aún más atractivo para las mujeres e interesante para los hombres, que veían fuerza y dignidad en sus rasgos.

-A sus órdenes, señor -dijo Skorzeny en dirección a una figura sentada a una mesa, un hombre que no se inmutó y siguió contemplando una montaña de papeles que casi le ocultaban a la vista.

Skorzeny no dijo nada más. Se cuadró y esperó. Tras varios años de servicio en primera línea del frente, acababa de ser ascendido a teniente y había sido destinado a un nuevo departamento de las

SD, la *Sicherheitsdienst*, el servicio de inteligencia de las SS. Ya había trabajado alguna vez para la *Sicherheitsdienst* pero nada serio hasta el momento presente. Aquel lugar le superaba. Todo lo que allí sucedía estaba más allá de su comprensión.

Porque las SS y, en particular, los servicios de inteligencia, estaban organizados de una forma inextricable. Había infinidad de departamentos, algunos dirigidos por el propio Himmler en su papel de Reichsführer SS y líder supremo de la organización. Otros los dirigía Heydrich hasta su asesinato pocos meses atrás. Ahora lo hacía su sucesor, Kaltenbrunner. El resto de *Amt* (departamentos u oficinas gubernamentales) los dirigían otros jefes de confianza del Reichsführer. Ahora mismo, Skorzeny se hallaba en el departamento de Seguridad Exterior de las SD o *Amt VI*, que estaba bajo el mando de uno de los sujetos más extraordinarios del Reich.

El hombre detrás de la mesa levantó la cabeza por fin.

-¿Sabes quién soy? -preguntó.

-Nos vimos una vez, señor. Fue en el entierro de Rolf Weilern.

Skorzeny había organizado el entierro del hermano de Otto Weilern, hacía casi tres años.

-Ah, por eso tu cara me era familiar. Será por esa cicatriz. No eres un hombre que se olvide fácilmente.

-Eso intento, señor.

El hombre detrás de la mesa sonrió y se incorporó lentamente. Era bajo en comparación con Skorzeny, pero increíblemente guapo.

-Dime lo que has oído de mí.

Skorzeny carraspeó. Meditó lo que tenía que decir:

-Usted es Walter Schellenberg. Se dice que es el hombre más atractivo de Alemania. Bueno, se lo he oído decir a algunas mujeres.

-¿A algunas?

-A muchas, en realidad.

Schellenberg soltó una carcajada.

-Prosigue.

-Ha estado detrás de los mayores éxitos del espionaje alemán. Aunque nada es oficial en estos casos, se rumorean muchas hazañas. Aunque hace meses que no he oído nada nuevo sobre usted.

El rostro de Schellenberg se ensombreció. Suspiró y dijo:

-¿Y sabes por qué hace tiempo que no se sabe nada de mí?

-Lo ignoro, señor.

-Me estoy muriendo. Mi corazón ha comenzado a fallar y mi hígado está en las últimas. Efectos secundarios de un envenenamiento que sufrí en 1940. A causa de todo ello, ahora hago tareas más de despacho, organizativas... Ya no ejerzo casi nunca de espía, solo soy un burócrata. Y esos sobran en las SS.

-Lamento oír eso, señor.

-Así es la vida.

Schellenberg no le dijo, por supuesto, que la razón principal de que no protagonizase acciones de espionaje en persona se debía a que había errado a propósito cuando le ordenaron secuestrar al Duque de Windsor. Aquello enfureció al Führer, que le retiró de primera línea antes de que sus problemas de salud confirmaran esa orden.

-¿Sabe, teniente primero Skorzeny, qué tipo de hombres no sobran en las SS? -dijo Schellenberg tras una pausa reflexiva.

-No, señor.

-Los hombres de acción; los hombres inteligentes; los hombres capaces de tomar decisiones rápido y de forma acertada. En una palabra, los hombres capaces de llegar donde el resto no llega.

Skorzeny no dijo nada. Parecía que le estaban describiendo a él, pero no quería pecar de inmodesto.

-Hace tiempo que sigo sus pasos, teniente primero -añadió entonces Schellenberg-. Necesito a alguien que ocupe el lugar que yo he abandonado: un hombre capaz de realizar misiones imposibles. Alguien que reclute a otros hombres y los forme para realizar ese tipo de hazañas que se leen en los libros de aventuras. ¿Se siente preparado para una misión semejante?

Ahora fue Skorzeny el que sonrió.

-He nacido para ello, señor.

Y era verdad. Porque en las semanas que siguieron organizó una escuela de comandos. Una de las primeras misiones de su grupo tuvo por escenario Irán. Mandó a sus mejores hombres en un comando especial llamado «Sonderlehrganges». Y se lanzaron en paracaídas para ayudar a las tribus locales a sublevarse contra los ingleses. Querían evitar el paso de trenes con material bélico que los aliados estaban enviando a la Unión Soviética. La misión fue un éxito y los hombres de Skorzeny se trasladaron a unas instalaciones secretas en Holanda, para seguir con su formación y fueron rebautizados como comando Friedenthal.

Unas pocas semanas después se hallaba en Berlín preparando su siguiente misión, la operación Ulm. Se había instalado en el Hotel Eden y estaba tomando un refrigerio con un amigo cuando le avisaron desde la recepción:

-Tiene una llamada, señor Skorzeny.

El jefe de comandos avanzó resueltamente desde la cafetería. Si le llamaban al hotel debía ser algo importante. Esperaba oír la voz de Radl, su ayudante. Tal vez la voz de Schellenberg, lo que significaría que era más importante aún. Pero su sorpresa fue mayúscula.

-El Führer quiere conocerte. Hay un avión esperándote en el aeródromo de Tempelhof. Te sugiero que acudas a la mayor brevedad. No hace falta que te diga que es algo que no puedes rechazar. Es una orden.

Skorzeny se quedó petrificado. Tal vez porque iba a conocer a Hitler. Tal vez porque la voz que acababa de oír era la de Otto Weilern, del que no sabía nada desde el entierro de su hermano Rolf.

-¿Eres tú de verdad, Otto?

-Sí, soy yo. Y el Junkers 52 que te espera también es de verdad. No te demores. Ya habrá tiempo para que conversemos.

La última vez que vio a Otto era un joven aún inexperto. Pero ahora su voz era la de un hombre curtido, sabio, sombrío. Ah, la guerra hacía madurar a todos demasiado rápido.

-¿Podrías adelantarme la razón por la que el Führer quiere que vaya a su encuentr...?

No acabó la frase. Otto le había colgado.

[EXTRACTO DE LAS CONVERSACIONES DE OTTO  
WEILERN EN LA PRISIÓN DE LA LUBIANKA]

Tenía que matar a Hitler. Y no era cosa fácil.

Me encontraba en la Guarida del Lobo, el complejo-residencia-cuartel general del Führer en la Prusia oriental, cerca de la ciudad de Rastenburg. Se trataba de un entramado de búnkeres de hormigón con paredes de dos metros, camuflados para que la aviación enemiga no pudiera descubrirlos. Había también edificios anexos, lugares para hacer conferencias o donde organizar las operaciones de los ejércitos.

Una maldita fortificación.

Y una maldita fortificación no es el mejor lugar del mundo para asesinar al líder de la misma. No tienes dónde escapar, no tienes dónde esconderte después del magnicidio.

Lo reconozco. No era precisamente un héroe por entonces, solo alguien cansado de ver morir a miles y miles de mis compatriotas. Odiaba a Hitler, pero también odiaba la persona en la que me había convertido. No era fácil ser un traidor. No era fácil ser nadie en la Alemania del final de la guerra mundial.

De cualquier forma, allí estaba yo, en el círculo íntimo del guía de la patria, infiltrado, planificando, intrigando... pero sin saber cómo conseguiría acabar con mi enemigo.

No. Lo voy a repetir una vez más. No iba a ser fácil matar a Adolf Hitler. Porque, además, tenía otros problemas en la cabeza.

Saqué de mi bolsillo una foto de Gretel Braun, la hermana de Eva Braun, la esposa secreta del Führer. Llevaba aquella foto siempre conmigo, escondida en el bolsillo interno de mi uniforme. Oh, Gretel Braun. No podía dejar de mirar aquella instantánea. Tenía una sensación extraña y mariposas en la boca del estómago. Estaba tan hermosa a sus 27 años, con aquella boca diminuta, la melena corta rizada y aquella sonrisa entre inocente y pícara...

Me había enamorado de la "casi cuñada" de Adolf. Al principio me había negado a aceptarlo y traté de borrarla de mi mente. Hablaba con ella lo menos posible y procuraba no coincidir cuando visitábamos el Berghof. Pero temblaba de pies a cabeza cuando me hallaba en la misma sala que ella. Me ardían las manos ante la expectativa de verla al girar cualquier pasillo y se me aceleraba el corazón solo con mirar su foto.

Aquello lo hacía todo mucho más difícil. No podría plantarme delante de ella y decirle:

-He matado a Adolf. Huyamos a Suiza.

Sin duda vería con malos ojos el que hubiese asesinado a su cuñado. Gretel adoraba al Führer y lo tenía en un maldito pedestal.

-Pues tendré que bajarlo de ese pedestal antes de matarlo - musité en voz baja.

-¿Decía usted, Asistente General?

Volví la cabeza, regresando del recuerdo de Gretel en los Alpes Bávaros a la cotidianidad de la Guarida del Lobo.

-No le he entendido bien -añadió el recién llegado.

No había reparado hasta ese instante en que acababa de entrar en mi despacho Ferdinand Beisel. Y me había llamado por mi rango actual: Asistente General del Führer, lo que en terminología militar a menudo se denomina edecán. Compartía mi puesto con otros ayudantes, asistentes y ayudas de cámara, gente como Otto Günshe, Heinz Linge o Gerhard Engel, que ayudaban a Hitler en mil tareas cotidianas y de protocolo. Pero a mí me habían añadido el adjetivo "general", como si mi misión fuese superior. O acaso solo era para diferenciarme del resto.

Sea como fuere, allí estaba, el Asistente General Otto Weilerin, planificando cómo asesinar a Hitler sin enfadar a Gretel Braun, al tiempo que un tipo idéntico al Führer se presentaba ante mí con aire desvalido.

El universo es un lugar repleto de ironías y de sinsentidos.

-No decía nada -le aseguré al doble de Hitler-. Solo ponía en orden mis pensamientos. Nos espera un día ajetreado.

-No tengo muy claro lo que debo hacer -dijo entonces Ferdinand con voz dubitativa.

-Lo primero de todo, dejar de caminar encorvado y, por favor, no me mire con gesto de ternero degollado. Usted es el Führer, no lo olvide.

Ferdinand se irguió.

-La sala de conferencias principal está ocupada por Hitler y sus asesores, que están discutiendo los pormenores de la guerra en el este -le expliqué-. Iremos pues al búnker del Mariscal Keitel, a la sala de conferencias secundaria.

-Sí, Asistente General.

Nos pusimos en marcha. Nuestros pasos resonaban en los pasillos según avanzábamos por el gigantesco laberinto que eran aquellas instalaciones.

-Ah, otra cosa, Ferdinand. No diga nada. Déjeme hablar a mí. Contemple la escena con gesto severo, estreche la mano de nuestro visitante y asienta a lo que yo diga. ¿Está todo claro?

-Muy claro, Asistente General.

-Puede llamarme Otto.

-Así lo haré, Asistente General... Otto, señor.

Ferdinand Beisel estaba nervioso. Una cosa era sustituir a Hitler cuando tu única misión es saludar a la multitud desde un coche o cortar una cinta en la inauguración de barco. Otra hacerse pasar por el Führer en un sitio cerrado, delante de gente que puede darse cuenta en cualquier momento de que eres un farsante.

Se puso a temblar.

-Lo harás bien, Ferdinand -le aseguré, tuteándole para darle confianza, tratando de que recuperase la compostura.

No le dije, por supuesto, que en adelante tendría que sustituir a Hitler mucho más a menudo de lo que se imaginaba. No se trataba de una sustitución puntual a causa de que el Führer estaba muy ocupado con los problemas en Rusia. Hitler estaba viejo, estaba enfermo y estaba obsesionado. Había abandonado el mundo real y apenas hacía apariciones públicas. Antes de la guerra hacía una gran alocución pública cada mes, y muchas breves apariciones, aquí y allá, casi cada semana. Ahora apenas hacía uno o dos discursos al año. Ya no iba a Berlín ni a Múnich. Pasaba casi todo el año entre mapas de guerra en la Guarida del Lobo con ocasionales escapadas al Berghof con Eva Braun, su hermana y sus queridos perros.

De todos los dobles de Hitler, Ferdinand Beisel era el que más se le parecía. Incluso era capaz de imitar su voz hasta en el más mínimo detalle o inflexión. Durante unos segundos, cuando estaba metido en su papel, podía engañar incluso a los que conocían bien al Führer. Luego, tras un instante de duda, acabábamos por darnos cuenta de que no era "el jefe" sino su *Doppelgänger*. Pero para alguien que no tratase a menudo a Hitler, era casi imposible diferenciarlos.

Lo que significaba que el pueblo llano no podía tampoco diferenciarlos.

Por todo ello, el bueno de Ferdinand estaba destinado a altas cotas, a un lugar en la historia que nadie podría haber imaginado. Yo incluido.

\*\*\*\*\*

Skorzeny estaba saludando con el brazo en alto en dirección al falso Führer.

-¡Heil Hitler!

Sonreí a mi viejo amigo, pero antes de que pudiera decir nada más, la puerta de la sala de conferencias se abrió. Era Manstein.

-El Führer se encuentra mal y requiere tu presencia. ¡Ahora!

Volví la vista. Skorzeny estaba tan feliz de encontrarse delante de Hitler que no parecía haber oído aquellas palabras y la contradicción intrínseca que emanaba de ellas: el Führer me llamaba en otro lugar de aquel inmenso complejo cuando nos hallábamos delante de, en teoría, el mismísimo Führer.

-Vamos -le dije al Mariscal, encogiéndome de hombros.

Ferdinand Beisel tendría que salir él solo de aquel atolladero.

Manstein y yo corrimos hasta llegar al búnker de Hitler. El viejo Mariscal y yo éramos viejos amigos. Nos habíamos conocido en la campaña de Polonia, cuando yo era un crío. Estuve a su lado en los mejores días, cuando ideó el plan que derrotó a los aliados y nos permitió tomar Francia; también en los días complicados, cuando cayó en desgracia por saltarse la línea de mando y fue relegado a la reserva. Coincidimos de nuevo en el asedio de Leningrado y cuando trató en vano de liberar la pinza que había atrapado a Von Paulus en Stalingrado. Finalmente, compartí el peor de sus días, cuando Gero, su hijo, murió al pisar una mina en Rusia.

Manstein me caía bien. No sólo por ser el más brillante de todos los soldados del Reich, sino porque no pretendía serlo. No estaba endiosado como otros mandos, no se creía invencible: tan solo abordaba los problemas y trataba de solucionarlos.

-Ha tenido un desmayo -me dijo al oído el Mariscal cuando llegamos al búnker del Führer-. Morell le está tratando. Pero Hitler ha dicho que te quería a su lado.

La primera de las crisis de Adolf fue durante la campaña de Noruega. Sería su primera crisis nerviosa documentada, pero hubo

muchas más. Cuando los problemas le acosaban apenas podía mantener el dominio de sí mismo.

Lo encontramos sentado en una butaca, ausente, viendo desfilar a su alrededor hombres vestidos de uniforme que a veces se inclinaban para preguntarle alguna cosa.

–Otto... Otto, ¿dónde estás? –murmuraba.

Me acerqué y Hitler tomó mi mano.

–Sí. Sí. Estás aquí. Todo está bien. Ahora todo está bien.

Morell, el más influyente de los médicos personales de Hitler, le levantó una manga del uniforme y le dio una de sus inyecciones “milagrosas”. Theo Morell era un hombre de manos velludas, pasado de peso, con uno de esos ridículos peinados que intentan disimular la calvicie. Pero su aspecto caricaturesco era parte del disfraz. Pasaba por ser alguien inofensivo pero era un tipo despiadado que había hecho caer en desgracia al resto de galenos del Führer.

–En una hora se habrá recobrado –dijo Morell.

Nadie sabía qué contenían las inyecciones del médico. Sus enemigos decían que tenía hechizado a Hitler, que le daba cócteles de drogas experimentales, pero nunca se pudo probar y Morell nunca dijo nada al respecto, ni siquiera terminada la guerra.

Sea como fuere, el gran Theo tenía razón, porque en menos de una hora Hitler volvía a ser él mismo: jovial, vociferante, reclamando delante de la mesa de mapas a coroneles y generales. Durante su corta convalecencia el Führer no había soltado mi mano en ningún momento, pero ahora estaba lleno de vitalidad, listo para elaborar un nuevo plan para frenar a las hordas soviéticas.

Me marché entonces, sin llamar la atención y sin despedirme de nadie, preguntándome cómo estaría marchando la reunión de Skorzeny con Ferdinand Beisel. Me temí lo peor, porque me había parecido que el doble de Hitler no estaba preparado para la misión. Pero mis temores eran infundados. Cuando llegué a la sala de conferencias lo primero que oí fue una carcajada. Los dos hombres departían amigablemente.

–¡Muy bien, mi Führer! Pocas personas pronuncian bien mi nombre. Dicen “Skorcen” o “Skoceny” y es “ES-KOR-CE-NY”. Fácil, en realidad. ¿No es cierto?

–Así es, teniente.

–Quiero agradecerle, mi Führer, su amabilidad. Hemos hablado de mi juventud, de cuando paseé por Italia en motocicleta, de mis opiniones sobre nuestros aliados transalpinos y de mil cosas. No sabe cuánto aprecio que haya dedicado tanto tiempo a mi persona. Sé hasta qué punto un hombre como usted debe estar ocupado. Pero me gustaría saber el verdadero objeto de mi visita.

Beisel se quedó pálido. No lo sabía. Tenía una vaga idea del tema, de que el asunto estaba relacionado con Mussolini y la Italia fascista, por eso había llevado la conversación hacia aquel asunto. Pero la razón por la que aquel austríaco gigantesco había sido llevado a su presencia... eso lo ignoraba por completo.

–Si me permite, mi Führer, podría dar yo las explicaciones pertinentes –dije, levantando la voz.

–Hágalo, Asistente General –ordenó Beisel, exhalando un gran suspiro de alivio.

Skorzeny no me había oído llegar. Se levantó y me dio la mano.

–¡Asistente General! –mi amigo lanzó un silbido–. Cómo hemos progresado, muchacho. Aunque no me extraña. No me extraña nada viniendo de ti.

Me senté a la mesa con el falso Hitler y el jefe de comandos.

–La situación en Roma es insostenible. Hay que hacer algo. Y rápido –dije con voz estentórea.

Skorzeny asintió, como si comprendiera por fin la razón por la que el Führer la había estado interrogando sobre su pasado en Italia.

–Tenemos razones para pensar que Mussolini ha sido depuesto como parte de una estrategia más amplia –añadí–. Creemos que el nuevo gobierno de Badoglio planea pedir el armisticio a los aliados. Quieren abandonar nuestra alianza y traicionar al Führer.

–No se atreverán –dijo Skorzeny.

–Mucho me temo que sí lo harán, teniente –terció Hitler-Beisel ajustándose perfectamente a su papel.

Skorzeny frunció los labios, airado.

–¿Qué hay que hacer? ¿Matar a Badoglio?

–No, nada tan definitivo –repuse–. Si hiciésemos algo así pondrían a alguien aún más anti alemán en su lugar, la opinión pública nos odiaría, y las consecuencias serían las mismas: el fin del eje Roma-Berlín.

-¿Entonces qué, Asistente General?

-Nuestra idea es muy simple. Hay que encontrar el lugar donde tienen prisionero a Mussolini. Y luego rescatarlo. Más tarde, si Italia se rinde, tendremos al verdadero jefe del estado en nuestro poder y podremos crear un nuevo gobierno italiano presidido por el Duce.

-Comprendo -dijo Skorzeny.

-Te voy a trasladar de nuevo a la Luftwaffe -le informé entonces-. Temporalmente. Allí, tú y los chicos que has entrenado, los *Friedentahler*, estaréis a las órdenes del general Student. Bajo su experta guía debes encontrar al Duce, liberarlo y traerlo a la presencia del Führer.

Ferdinand Beisel se irguió, como si al escuchar el nombre de aquel al que imitaba alguna cosa se hubiese activado dentro de su cerebro de Doppelgänger.

-Espero lo mejor de usted, teniente Skorzeny.

Skorzeny se cuadró, levantó el brazo aún más alto que cuando llegó a aquella sala y gritó:

-¡Sí, señor!

La conversación no dio para mucho más. Poco después acompañé a Skorzeny fuera del complejo, hasta el avión que le esperaba, el mismo Junkers 52 que le había traído hasta la Guarida del Lobo.

-El general Student te espera en Berlín. Desde allí organizaréis la misión. ¿Alguna duda?

-Solo una, señor Asistente General. ¿En qué momento te han metido un palo por el culo?

-¿Cómo?

Skorzeny era un hombre afable, extrovertido y amigo de la jarana. Nunca dejaba de lado sus tareas, pero sabía cómo caer bien y cómo divertirse.

-Nunca has sido precisamente el alma de la fiesta -me dijo-. Pero ahora te paseas con una pose estirada y abstraída. Como si fueses uno de esos jerarcas del partido. La próxima vez que nos veamos espero que me invites a unas cervezas antes de decirme adiós.

-El asunto es urgente. Pero supongo que tienes razón. Es que... es que tengo muchas cosas en mente.

No podía decirle, por supuesto, que llevaba meses planificando cómo matar a Hitler. Y que Hitler, el verdadero, el que Skorzeny no había conocido, me tenía en gran estima. Tanta que, al sentir

que las fuerzas le flaqueaban, acaso temiendo que pudiera desfallecer y morir, me había tomado la mano para que le reconfortase.

Y aquello me hacía sentir jodidamente mal. Hubiese preferido que me tratase como a una mierda. Pero claro, si así fuera, si yo no le importase, no sería Asistente General y no estaría a su lado en la Guardia del Lobo, en posición de acabar con su vida.

-Te prometo que cuando regreses acompañado por el Duce, te llevaré a hacer una ronda por los prostíbulos más infames -dije-. No puedes imaginar alguno de los lugares que he encontrado desde la última vez que nos vimos.

Skorzeny exhibió una gran sonrisa.

-Así habla un amigo.

Y me estrechó en un gran abrazo de oso.

### ~II~

Skorzeny y sus cincuenta hombres se hallaban en territorio enemigo. Las bombas aliadas resonaban sobre sus cabezas y un edificio a su izquierda estalló en llamas.

Italia había pedido el armisticio. Unas horas antes, justo en el momento en que Hitler regresaba de una inspección al frente oriental en el cuartel general de Manstein en Zaporiyia, se había hecho pública la capitulación del gobierno Badoglio. El Führer, lleno de rabia, había pronunciado una sola palabra.

-Achse.

Achse o, traducido, Eje, era el nombre de la operación que el ejército alemán había preparado previendo la contingencia de la rendición italiana. Y la Operación Achse tenía como propósito tomar Roma y desarmar al ejército italiano.

Y debido a todo lo anterior, la misión de Skorzeny se había complicado. Porque ahora el comando Friedenthal que debía liberar a Mussolini se hallaba en Frascati, en territorio enemigo, enfrentado a las tropas italianas y bombardeado por aviones ingleses y americanos.

-Los aliados han desembarcado en Salerno, en Calabria y en Tarento. Pretenden tomar todo el sur de Italia -dijo Skorzeny a Radl, su segundo al mando.

En aquel momento los Sherman ingleses y americanos escupían fuego con sus cañones de 75 milímetros avanzando por las playas. El Sherman M4 fue el tanque más utilizado de la guerra, con infinidad de mejoras y de versiones. Sin embargo, su cañón y blindaje eran muy inferiores al de los mejores tanques alemanes y las expectativas del alto mando aliado era perder varios Sherman a cambio de destruir un blindado enemigo. Pero la producción alemana de Panzer IV (o Tigers, o pronto Panthers o Tiger II) cada vez era menor y la producción aliada no dejaba de crecer, por lo que perder tres o cuatro Sherman a cambio de un blindado alemán parecía un buen negocio. Y de hecho lo era.

Eso lo sabía bien Skorzeny, cuyo comando había montado sus tiendas de campaña en un olivar junto a un convento. Cuando comenzó el bombardeo de la aviación aliada entraron en la Iglesia y se protegieron en el sótano.

-Tan pronto como la situación en Roma esté controlada tendremos que intervenir y rescatar al Duce -opinó Radl-. No tardarán en entregarlo a los aliados.

-Tenemos informes secretos que hablan de una entrega inmediata a los americanos, a Eisenhower.

Dwight David Eisenhower era un tejano descendiente de alemanes que hacía un año había sido nombrado Comandante Supremo de las tropas aliadas en Europa. Un oficial notable que daría muchos quebraderos de cabeza a los alemanes hasta el final de la guerra.

-¿Cómo de inmediata, señor?

-En cuanto puedan, menos de una semana.

-Tendremos que acelerar aún más la preparación del rescate.

-Serán muchas bajas.

Radl miró a los comandos, sentados en torno a una vieja lápida, jugando a cartas, como si las bombas o la guerra no fuera con ellos. Eran tipos duros, escogidos de entre los mejores de las divisiones SS. Se enfrentarían sin dudarlos a lo que hiciese falta.

-Los muchachos están listos.

Skorzeny asintió y terminó de pergeñar el plan. Habían averiguado que el Duce se hallaba en el Hotel Campo Imperatore, un alojamiento aislado en la ladera del Monte Portella.

Al día siguiente se reunieron con el general Student y le explicaron los pormenores del rescate del Duce.

-El Monte Portella está en el macizo del Gran Sasso, en los Apeninos -le detalló Skorzeny-. Es un lugar de difícil acceso, por lo que he pensado que deberíamos acceder con planeadores.

-Comprendo -dijo Student, comandante de los famosos paracaidistas de la Luftwaffe, los Fallschirmjäger que tan brillantemente había combatido en Bélgica y Holanda al principio de la guerra. También había realizado una gran labor en Creta, pero a cambio de cuantiosas bajas que habían enfurecido a Hitler.

-Los jefes de cada uno de los grupos de ataque serán -Skorzeny pareció reflexionar un poco y dijo-: Menzel, Radl, Schwerdt...

-No -dijo de pronto Student.

-¿Qué quiere decir, general?

-Quiero decir, querido jefe de comandos, que está citando a hombres de su grupo.

-Claro. Mi comando será el que libere a...

-No. Usted y sus hombres han diseñado un buen plan y su trabajo me parece notable. Pero la planificación final y la parte ejecutiva del rescate será cosa de mis *Fallschirmjäger*.

-Pero el Führer me ordenó liberar al Duce.

-Claro. Bajo mis órdenes y mi supervisión. Y yo he supervisado su excelente plan y ordeno que sean mis paracaidistas quienes realicen esta misión.

-Me quejaré a Berlín, general.

Kurt Student se levantó.

-Hágalo. Para cuando haya obtenido una respuesta, el Duce ya habrá sido liberado. Mañana mismo pondré en marcha "mi" plan.

-Pero...

Skorzeny se quedó con la palabra en la boca. El general Student se marchó sin despedirse siquiera, pensando que había ganado la partida.

Pero no sabía el tipo de hombre que era Otto Skorzeny. Sea como fuera la partida, al final siempre encontraba la manera de salir victorioso.

\*\*\*\*\*

Benito Mussolini era una sombra de sí mismo. Poco quedaba del gran estadista, del genio de la política, del visionario que quería construir la «Terza Roma», la tercera edad de oro de Roma tras el

Imperio romano y Constantinopla. La gran Roma fascista, que él personificaba, se había derrumbado.

Encogido, convertido en un hombre diminuto, jugaba a cartas con sus captores, convencido de que en breve estaría en un campo de prisioneros americano en el norte de África. Incluso había oído la noticia por radio. Aquello había terminado de hundirle.

No sabía que la Wehrmacht de Hitler se había adueñado del país y que apenas quedaban focos de resistencia. Los italianos habían entregado las armas o se habían pasado al bando alemán. El Hotel Campo Imperatore donde estaba retenido, debido a su aislamiento, era de los pocos lugares que aún estaba en manos del ejército italiano. Mussolini lo ignoraba todo del mundo exterior. Solo jugaba a cartas y veía la vida pasar, convencido de que su papel en la historia de la humanidad y de la guerra mundial había llegado a su fin.

Pero se equivocaba. Afuera se escuchó el tableteo de una ametralladora y unos gritos:

-¡Vienen los alemanes! ¡Ahí están!

Benito se asomó a la ventana. No daba crédito a sus ojos. Diez planeadores de asalto DFS 230 estaban descendiendo de los cielos. El DFS 230 era un avión robusto, de once plazas, pensado para las incursiones paracaidistas. Y es por eso por lo que nueve aeronaves aterrizaron sin dificultad junto al Hotel. Solo una se estrelló contra las rocas de un acantilado.

-¡No disparen! ¡Que cese el fuego! -gritó Mussolini.

No estaba hablando a los alemanes. La visión de los planeadores le había devuelto a la vida y volvía a ser el hombre de acción, seguro de sí mismo, que fue durante décadas. Porque había comprendido que si los guardias disparaban habría un baño de sangre. Y de sangre italiana. Sus guardianes eran un sencillo grupo de *carabinieri*: buenos hombres, pero a años luz en temperamento y formación a sus enemigos, que debían ser comandos o paracaidistas, o ambas cosas. Es decir, la élite del mejor ejército que combatió en la Segunda Guerra Mundial.

Los *carabinieri* no opusieron resistencia. En su lugar, depusieron las armas y ofrecieron vino a los atacantes. A los pocos minutos todos reían. Hubo hasta abrazos.

-¡Saludos a los vencedores! -gritó un oficial italiano.

Mussolini suspiró aliviado y bajó por las escaleras. En la entrada del Hotel se encontró a hombre de gran estatura al que le cruzaba la cara una fea cicatriz.

-Un placer saludarle, Duce. Soy Otto Skorzeny y he venido a rescatarle por orden expresa del Führer.

El Duce no podía saber que Skorzeny era solo un observador. Quienes realmente le habían rescatado eran los *Fallschirmjäger* del General Student. Skorzeny le rogó al general que le permitiese formar parte del ataque con tanta insistencia que, por cortesía, permitió que ocupase una plaza en el último de los planeadores. Pero el jefe de comandos, a la carrera, había avanzado hacia el Hotel para reclamar un protagonismo que no le correspondía.

-No olvidaré su nombre, *Herr* Skorzeny -repuso Benito Mussolini-. Sabía que mi amigo Adolf no me dejaría en la estacada y mandaría a sus mejores hombres para liberarme.

El jefe de comandos levantó la barbilla, satisfecho.

-Gracias, Duce.

Antes de que nadie pudiese siquiera reaccionar, Skorzeny había metido a Mussolini en un Fieseler Storch, un avión ligero, que necesitaba muy poco espacio para despegar o aterrizar. Pero no se trataba de un avión que pudiera aguantar mucho peso. La mayoría eran monoplazas o biplazas. Aquel modelo era, sin embargo, un C7, uno de los pocos modelos de tres plazas en servicio. Aquello le dio una idea al jefe de comandos.

-Acompañaré al Duce -anunció.

Y con gran esfuerzo metió su enorme humanidad en el aparato, dejando al antiguo gobernante de Italia encajonado entre sus piernas.

-¡Vamos, despegue! -gritó al piloto.

Sabía que en cuanto los paracaidistas anunciaran a Student que se llevaba a Mussolini, le obligarían a bajar del aparato pues el general tenía un avión (un Heinkel 111) preparado en el aeródromo de Patrica Di Mare. Su plan era llevar al Duce a Viena y, luego de un descanso, a la Guarida del Lobo.

Así que el intrépido jefe de comandos literalmente secuestró a Mussolini de las manos de su superior directo en aquella misión, lo llevó a Alemania y se atribuyó todo el mérito de su rescate. Para cuando Student se dio cuenta de que Skorzeny le había engañado

ya era tarde. Fue a quejarse a Goering, el comandante en jefe de la Luftwaffe:

-Goebbels ha anunciado por la radio que los comandos de Skorzeny han liberado a Mussolini. ¡También lo dicen los periódicos! ¡Hasta los medios oficiales del NSDAP, del propio Partido! -chilló Student, tirando al suelo un ejemplar del Völkischer Beobachter.

-Ay, Kurt -terció Goering-, aún te queda mucho por aprender.

El Mariscal llevaba un vistoso uniforme de aviador que resaltaba su sinuosa figura. Porque él era un hombre coqueto. A pesar de estar obeso, fofo y de sus andares desacompañados, estaba convencido de que las mujeres, e incluso las masas de seguidores del régimen nazi, le adoraban. Y siempre se vestía de una forma pomposa porque poseía una vanidad formidable y creía firmemente que todo el mundo estaba pensando en él las veinticuatro horas del día o, al menos, una buena parte de ese tiempo.

-Explíquese, Mariscal.

-Es muy sencillo, Kurt. En la guerra, como en la vida, no solo importa hacer una cosa, sino que el mundo sepa que la has hecho. La batalla por la información es tan importante como la batalla misma. Goebbels ha dicho que fue Skorzeny y...

-¡Pero fueron mis hombres!

-No, amigo mío. Porque Goebbels no solo ha dicho que fue Skorzeny. Ha dicho que el Führer le estaba muy agradecido y que le va a condecorar con la Cruz de Caballero.

Student negó con la cabeza.

-En cuanto se sepa la verdad, estoy seguro de que le quitarán cualquier reconocimiento y...

-¿Qué verdad, querido Kurt? ¿Que Goebbels es un imbécil? ¿Qué Hitler ha sido engañado por un simple teniente? ¿Qué Hitler, por tanto, también es un imbécil y cualquier don nadie que se presenta delante de él puede contarle una mentira y que se la crea?

-Bueno, yo... el Führer podría... Goebbels podría decir que...

El general Student se calló. Sus ojos echaban chispas.

-Ahora lo has entendido, Kurt. Lo que nuestro amado jefe de propaganda dice y lo que nuestro amado Führer hace son siempre la verdad y lo más correcto. Aunque originalmente no lo fueran.

Cuando algo se hace oficial pasa a ser la verdad “oficial” y eso pesa más que la verdadera verdad, valga la redundancia.

Goering se levantó y estiró su traje blanco cubierto de condecoraciones:

-Que esto te sirva de lección, Kurt. Siempre que hagas algo asegúrate de que todos lo sepan tan pronto acabes de hacerlo. En el mundo hay muchos tipos astutos como Skorzeny. Y pocos hombres tan brillantes como Kurt Student. No permitas que otro de esos tipos te robe nunca más tus méritos.

Cuando el general se marchó, Goering se quedó a solas reflexionando. Él mismo se parecía más a Skorzeny que a Student. Era un experto en mentir, en confabular y en atribuirse los méritos de otros. Sí, eso se le daba extraordinariamente bien.

-Me cae bien ese Skorzeny. Tendré que invitarle a casa un día de estos -murmuró.

Y echó pasear por el Carinhall, la gran mansión que se había hecho construir en el estado de Prusia, del que también era presidente. Un monumento a la memoria de su esposa fallecida: Carin. De ella tomaba su nombre, Carinhall, el umbral de Carin, el hall de Carin, el lugar desde el que se proyectaba la memoria de la mujer que seguía dirigiendo desde la muerte la existencia de Hermann Goering.

Al gordo Mariscal le encantaban las joyas, especialmente los diamantes; los trajes y los vestidos caros; las obras de arte, que rebosaban por pasillos y habitaciones del Carinhall en una mezcla extraña y sin sentido. Un sinfín de objetos que había robado durante años, apropiándose, engañando, robando, sobre todo a los judíos ricos alemanes y franceses, aunque no le hacía ascos a nada y tenía hombres requisando obras de arte por toda la Europa ocupada por los nazis.

-Sí, me parezco más a Skorzeny -dijo Goering, acariciando el lomo de uno de los leones que correteaban por su mansión.

Era habitual que en la inmensa hacienda campestre de Goering hubiese cachorros de león, algunos de ellos enormes y muy crecidos; solo cuando comenzaban a volverse peligrosos se los mandaba al zoo, pero entretanto vivían en libertad y lamían la mano del excéntrico mariscal del Reich como si fuesen perritos bien adiestrados.

-El mundo es para los hombres como nosotros -le explicó al pequeño león-. Así ha sido siempre. Y eso no lo va a cambiar ni esta guerra. Nada puede hacerlo porque así es como funcionan las cosas.

[EXTRACTO DE LAS CONVERSACIONES DE OTTO  
WEILERN EN LA PRISIÓN DE LA LUBIANKA]

Todo comenzó con una conversación casual. Ferdinand Beisel estaba vistiéndose detrás de un biombo. Hitler necesitaba tiempo libre para hablar con Mussolini, que acababa de llegar a la Guarida del Lobo. Por ello, el doble del Führer se disponía a sustituirlo en un evento, ni siquiera recuerdo cuál. Sea como fuere, su aparición sería fugaz. Apenas diría unas palabras y pasaría de largo. Ferdinand nunca pasaba más de dos minutos en público disfrazado de Hitler para que nadie notase que era un impostor.

Históricamente, esto pasó muy a menudo. Una cena o un largo evento se transformaban en una aparición de apenas unos segundos. Siempre se ponía como excusa motivos de agenda. Pero el caso es que Hitler, a finales de 1943, estaba a menudo enfermo o concentrado en la ofensiva del este o completamente fuera de sí. Y sus dobles tenían que hacer horas extras, especialmente el mejor de todos, que ahora se vestía con sumo cuidado para completar su transformación.

-Es curioso lo mucho que se emociona la gente cuando aparezco -dijo Beisel-. Lástima que solo pueda hacer una corta actuación.

-Es lógico -repuse-. Creen que eres el Führer.

-No, no me refiero a eso -insistió Beisel-. Claro que es porque piensan que soy el guía de Alemania. Pero es que sus rostros, estupefactos, anonadados... siempre me resultan... no sé. Nunca me acostumbro. Es una sensación hermosa.

Me encogí de hombros. Que un puñado de idiotas se quedasen arrobados al contemplar a un tirano que ni siquiera era el de verdad, me traía sin cuidado.

-Si tú lo dices, Ferdinand...

-Incluso en la Wehrmacht. La primera vez que tuve que hacer este trabajo estaba aterrorizado. Me acababan de encontrar esos tipos de las SS imitando al Führer y yo creía que me iban a llevar para que me interrogara la Gestapo. Ya me veía en una celda con los huesos molidos. Pero en lugar de eso me encontré camino del frente oriental, hacia Smolensko. Fui al Grupo de Ejércitos Centro y allí Von Kluge ofreció un almuerzo para altos oficiales. Cuando anuncié que solo estaría un instante por razones de agenda vi tal

desolación en los ojos del Mariscal y, sobre todo, del General Von Tresckow, que aún recuerdo sus caras. Estaban pálidos, no podían creer que el destino les hubiese hurtado pasar un rato al lado de su Führer.

Aquello llamó mi atención. En el ejército alemán había muy pocos oficiales de alta graduación que fueran nazis o tan siquiera alabaran en privado a Hitler. Para la mayoría seguía siendo un patán austríaco que al principio de la guerra había tenido demasiada suerte y ahora los hados le volvían la espalda. Y respecto a Von Kluge, había coincidido con él varias veces delante de mapas del frente oriental. Venía a menudo junto a Manstein a explicar el estado de las operaciones. Me había fijado en su rostro cuando miraba a “nuestro glorioso líder”. No le admiraba precisamente, de eso estaba seguro.

–Una historia deliciosa esa que acabas de contarme –dije entonces a Beisel al que ya tuteaba habitualmente–. Explícate mejor, es una anécdota estupenda. Dime qué otros oficiales estaban allí aparte de Von Kluge y Von Tresckow. Sobre todo trata de recordar los nombres de los que más se sorprendieran.

–¿Y eso? –repuso Ferdinand.

–Curiosidad. Nada más. Siempre es bueno saber quiénes son los que más aman y se emocionan ante la visión de nuestro amado Führer. Es parte de mi misión como Asistente General conocer a los más fieles de entre los fieles.

\*\*\*\*\*

–Se hacen llamar “Der Widerstand”, la Resistencia –anuncié con aire solemne.

Me hallaba en Berlín, al oeste de la ciudad, en el bosque de Grunewald. A mi derecha, el almirante Canaris, Jefe de la Abwehr, la inteligencia militar alemana. Llevaba años informando a los aliados de los movimientos de nuestras tropas; intentaba sin descanso convencer a otros altos mandos de unirse en su lucha contra Hitler, asumiendo grandes riesgos para acabar con el tirano.

–Un nombre hermoso y poético –dijo el almirante.

A mi izquierda, Walter Schellenberg, el hombre más atractivo de Alemania y responsable del otro servicio de inteligencia del Reich,

el de las SS. Ya lo he dicho otras veces, pero debo insistir en que uno de los puntos claves de la derrota alemana en la guerra mundial fue el que los servicios de inteligencia estuvieran en manos de traidores. Aunque Schellenberg no era exactamente un traidor: era un hombre que trabajaba para sí mismo, para su beneficio y su supervivencia. El problema era que Hitler era un peligro para la supervivencia de hasta el último de nosotros.

-¿Están bien organizados? -quiso saber Schellenberg.

Frené a mi caballo. Aquel bosque era uno de los mejores lugares para cabalgar de toda Alemania. Entendía que aquellos dos hombres fueran tan a menudo.

-Bastante. Henning von Tresckow y otros conspiradores intentaron matar a Hitler el marzo pasado, en Smolensko. He inspeccionado la zona donde probaron una bomba especialmente diseñada para explotar a temperaturas bajo cero. Lo metieron en dos botellas de licor de Cointreau.

-¡Dios! ¡Qué desperdicio! -rio Walther.

Canaris, un hombre seco y poco amigo de las bromas en lo concerniente a la muerte de su adversario, se atusó sus blancos cabellos.

-Aquí no hemos venido a pasarlo bien -nos reprendió. Se volvió hacia mí-: ¿Qué falló?

-Hitler tuvo una de sus crisis y acudió al almuerzo el mejor de sus dobles. Como es habitual en estos casos, el doble solo dijo un par de palabras y se retiró. No pudieron entregarle el licor y von Tresckow se lo dio a otro conspirador, que lo introdujo en el avión que llevaba de vuelta al falso Führer a la Guarida del Lobo. Pero no explotó. Nadie sabe la causa.

-No es la primera vez que pasa. Ni la tercera, ni la décima. Con o sin dobles, Hitler es un hombre con una suerte demoníaca -dijo Canaris-. Sí, sí, es eso. El maldito ha hecho un pacto con el mismo diablo.

El almirante soltó a su caballo al galope y se perdió en la lejanía. Estaba airado y avanzaba erguido, majestuoso, a lomos de su corcel, como si estuviese pegado a la silla.

-¿Y ahora que planea nuestro amigo Von Tresckow? -dijo Schellenberg, regalándome una de sus famosas sonrisas.

-Poca cosa. Lo han intentado un par de veces más, sin éxito. Y ahora el grupo de conspiradores está parado. Hitler ya apenas sale

a visitar el frente oriental, ni ningún otro lugar, en realidad. No tienen gente cerca del círculo íntimo del Führer y la Gestapo va tras la pista de cualquier amenaza contra Hitler. Aunque de momento, sin mucho éxito.

-Pero supongo que has venido hasta aquí a hablarnos de Der Widerstand por algo. No solo para explicar que han fracasado.

Esbocé una sonrisa. Walther me conocía bien.

-Hay un nuevo líder en este grupo de conspiradores. Se llama Claus von Stauffenberg. Fue herido en Túnez y perdió la mano derecha y dos dedos de la izquierda. También un ojo. Creo que con la guía de Von Stauffenberg organizarán un complot para asesinar a Hitler mucho más elaborado. He estudiado su hoja de servicios y tiene una gran capacidad organizativa y, sobre todo, está motivado. Su cuerpo mutilado es un recuerdo constante de las locuras del Führer. Tal vez consigan esta vez su objetivo.

Schellenberg asintió, satisfecho.

-Maravilloso. Vigila los pasos de ese tal Stauffenberg y échale una mano desde las sombras. Si otros se ensucian las manos todo será más fácil. Así no tendremos que ensuciarnos las manos nosotros. Y, además, si algo sale mal, serán sus cabezas las que rodarán.

-Todo muy pragmático, Walther.

-Oh, yo soy un hombre pragmático. El tiempo que me queda de vida, que sabes que no es mucho, me gustaría pasarlo lejos de una soga y, ya puestos, lejos también de una prisión alemana o de una estadounidense (por no hablar de una rusa). Así que recemos porque los muchachos de Der Widerstand triunfen y nosotros podamos seguir nuestro camino.

Y eso hicimos, espoleando nuestros caballos hacia la puesta sol.

\*\*\*\*\*

Por la tarde, fui con Schellenberg al salón Kitty, una enorme mansión que era al mismo tiempo un burdel, un bar y un nido de espías. Había sido creado para "entretener" a los diplomáticos extranjeros y a algunos hombres de negocios a los que se pretendía agasajar falsamente. En el salón Kitty, aquellos hombres conseguían gratis todo el alcohol y las mujeres que podían desear, y estos se sumergían en el libertinaje de buena gana, dando gracias al Führer y al Reich

por su prodigalidad. No sabían, por supuesto, que las paredes eran dobles y ocultaban aparatos de escucha, o que las prostitutas en realidad eran agentes de Schellenberg.

Entretanto, el salón Kitty seguía funcionando como burdel y como bar, por lo que no era raro ver a hombres importantes del Reich tomándose una copa o charlando con una de sus amiguitas.

Yo aproveché aquella visita para reunirme en secreto con Gertrud Scholtz-Klink, jefa de todas las organizaciones femeninas alemanas y ejemplo de madre devota, pues criaba a diez hijos ya y esperaba el número once, que no era de su marido.

-Nuestro hijo está dando patadas. ¿Quieres tocarme el vientre?

Aquella mujer era el paradigma de la fecundidad, de la entrega de la madre a la patria, creando nuevos soldados para las guerras futuras del Führer. Vestía recatadamente, llevaba el pelo recogido y mostraba al mundo la imagen perfecta de una matrona alemana. Pero todo era fachada. Estaba obsesionada con la raza, no con Alemania o sus necesidades: quería llevar en su vientre al ario perfecto.

-No. No quiero tocarte la barriga -repuse.

Gertrud se echó a reír. Me había obligado a inseminarla. Me había tratado como si yo fuese un semental, un caballo de pura raza. En el pasado, un grupo de científicos nazis habían decidido que mi sangre era la más pura. Me habían llamado el ario perfecto y pergeñado un plan para que, junto a otros elegidos, liderásemos el Reich del futuro. Para desbaratar esos planes tuve que cometer actos terribles, actos de traición contra el Reich. Y Gertrud se había enterado. ¿El precio de su silencio? Concebir en su vientre la descendencia del hombre con la sangre más pura de nuestra raza. Y yo había aceptado. Tal vez porque ahora ella era mi cómplice. Si hablaba y revelaba lo que sabía, saldría a la luz que conocía mis actos de traición y que esperaba un hijo mío. Su fachada de mujer casta y adalid de la mujer germánica se vendría abajo. Y acabaría en la cárcel, o algo peor. Así que en realidad había comprado con mi simiente su silencio. Prefería verlo así que reconocer ante mí mismo que me había prostituido. O tal vez sí era un prostituto. Tal vez por eso había elegido una habitación del Salón Kitty para reunirme con mi clienta.

-Dime por qué querías que nos reuniésemos, Gertrud -dije entonces-. Dispongo de poco tiempo.

Ella sonrió recatadamente, bajando los ojos. Pero me di cuenta de que, de reojo, miraba mi musculatura aria, mi pelo rubio, mis ojos azules y mis casi dos metros de estatura.

-Muy fácil, para despedirme.

-¿Despedirte?

-Estoy ya en el quinto mes de embarazo. Mi médico dice que todo va a la perfección. Así que pronto tendré un nuevo hijo, el más perfecto de todos.

-Me alegro mucho -repuse, irónico.

-Por tanto, no te necesito más -me anunció fríamente Gertrud, aunque aún se relamía mirándome-. Hasta ahora había mantenido contacto contigo por si perdía al niño. Tendrías que haber vuelto a preñarme. Pero parece que no será necesario. Así que gracias por todo, Asistente General.

-De nada, camarada. Fue un placer. O tal vez no. Al menos por mi parte.

Gertrud me miró fijamente.

-No creas que lo pasé bien teniendo sexo contigo o engañando a mi esposo. Tú seguro que lo pasaste bien, digas lo que digas ahora. Pero para mí fue una obligación. Lo hice por el bien del Reich.

-Estoy seguro de ello. Muchas cosas se hacen hoy en día por el bien del Reich. O al menos eso decís los que ponéis al Reich como excusa para hacer lo que os conviene.

-No mereces tener la sangre que corre por tus venas.

-Ni tú tener a mi hijo en tu vientre. Estamos empatados.

Al final, conseguí ofenderla y que olvidase la atracción que sentía hacia mí. Con los temas de la raza no se juega, eso pensaba sin duda la buena de Gertrud.

-No quiero volver a verte, Otto. ¡Nunca!

La camarada Scholtz-Klink se irguió y salió de la habitación sin más ceremonia. Yo suspiré y caminé lentamente hasta una mesa. Schellenberg me estaba esperando.

-Pon algo con alcohol. Algo fuerte de verdad -le dije a una de las camareras.

Schellenberg vio por mi cara que la reunión con la gran matrona de Alemania no había salido demasiado bien. Y tuvo la delicadeza de no sacar el tema a colación.

-A mí un zumo, Emma -dijo.

-Sí que has cambiado -apunté, sorprendido.

-Oh, no te equivoques. Me sigue encantando el alcohol, pero mis riñones y mi hígado no están de acuerdo.

El maestro de espías bajó la cabeza. El envenenamiento que había sufrido tres años atrás no paraba de minar su cuerpo. No era el hombre que había sido. Y eso me entristecía.

-El hombre que te envenenó, la araña Heydrich, está muerto -le indiqué-. Tu enemigo ha vivido mucho menos de lo que lo harás tú.

-No fue el único responsable. Hubo otra persona que le ayudó. Esa persona fue quién me siguió y convenció a Heydrich de que yo me acostaba con su mujer.

Lo recordaba bien. Heinrich Müller, el jefe de la Gestapo, se había encargado de conseguir las pruebas de que Schellenberg había sido demasiado amable con Lina Heydrich luego de llevarla de excursión al lago Ploener.

-“Gestapo Müller” es un mal enemigo. Además, era verdad que te acostabas con Lina.

Schellenberg tomó un sorbo de su zumo.

-¿A quién le importa quién se acuesta con quién? Ese hombre es el causante indirecto de mi próxima muerte. Llegado el momento, le recordaré lo que hizo. No tuve el valor de ajustar cuentas con Heydrich, pero con Müller haré una excepción.

Meneé la cabeza. Éramos traidores al Reich, conocedores de planes secretos para matar a Hitler y dispuestos, si estos fallaban, a hacerlo en persona. Al menos en teoría. ¿Ahora también íbamos contra la Gestapo? Pronto, el país entero sería nuestro enemigo.

-Brindo por los enemigos. Que nunca falten hijos de puta con los que ajustar cuentas.

-Bien dicho -repuso Schellenberg, chocando con su zumo mi cerveza, encantando con el brindis.

Quedamos en silencio un rato delante de nuestras bebidas, viendo desfilas a jóvenes casi en cueros con sus bandejas repletas de las consumiciones de una ávida clientela. Schellenberg fue el primero en hablar.

-Pero dime, Otto, ¿cómo has conseguido que Hitler te diese permiso para venir solo a Berlín? He oído que tiene atado muy corto a su nuevo Asistente General.

-Está muy ocupado hablando con Mussolini. Trata de convencerlo de que cree un nuevo estado fascista en la parte de Italia que aún controlamos. Le he dicho que necesitaba un par de semanas libres, que hasta los soldados del frente tienen vacaciones. Me las ha dado, aunque he tenido que prometerle que no me acercaría a ninguna batalla. He usado ese tiempo para investigar el asunto de Der Widerstand y ahora marcharé a Italia.

-¿Por alguna razón especial?

-Una mujer.

-Creía que la mujer que te interesaba estaba en el Berghof y se apellida Braun.

-¿Sabes lo de Gretel?

-Sé que te han visto mirando demasiadas veces a la hermana de Eva, la esposa secreta de nuestro amado Führer. El rumor ha llegado a mis oídos.

Otto suspiró.

-Es cierto que me interesa Gretel. Aunque de momento no ha pasado nada. Pero espero que pase. Estoy enamorado de ella.

-¿Y la mujer italiana?

-No es italiana, es española. Es mi particular obsesión. Y tampoco me he acostado con ella.

El rostro de Schellenberg reflejaba estupefacción. Estaba casado y tenía diversas amantes, entre ellas Coco Chanel, la famosa modista, que también trabajaba para él como espía. Era un hombre muy carnal y no entendía que alguien pudiese ser distinto en lo tocante a las féminas.

-Que yo lo entienda, querido Otto. Estás enamorado de Gretel Braun, pero sois solo amigos.

-Ni siquiera me he declarado todavía.

-Estás obsesionado con una mujer española que vive en Italia, pero tampoco...

-No, tampoco me acuesto con ella. Ya te lo he dicho. Nuestra existencia está ligada de una forma que no entiendo. Pero lo descubriré.

-Y también está Mildred Gillars.

Hacía mucho que no pensaba en la estrella de la radio.

-¿Mildred? Fuimos amantes mucho tiempo. Pero ya no nos vemos casi nunca.

Schellenberg apuró su zumo.

-Doy gracias a Dios de que el veneno de Heydrich me haya frito los órganos internos pero que mis partes estén aún intactas -dijo, señalando debajo de su cintura-. No quiero convertirme en un monje como tú.

Nos echamos a reír a carcajadas, pero la risa desapareció lentamente. Ambos sabíamos que Walther no era tampoco el mujeriego de antaño. Cada mes volvía antes a casa para reunirse con su esposa Irene y sus hijos. Aún mantenía una relación con Coco Chanel, pero era más amistad que otra cosa. Y se acostaba de cuando en cuando con alguna joven de Salón Kitty. Pero nada que ver con el hombre que había sido tan solo un par de años antes.

De pronto, el suelo se movió y una fina capa de yeso llovió de las paredes.

-¡Todo el mundo al sótano! -chilló Schellenberg-. ¡Están bombardeando Berlín!

Goering había prometido que Berlín nunca sería bombardeado, pero mentía o alardeaba como hacía siempre. No había un alemán que no lo supiese a aquellas alturas. Así que todo el mundo echó a correr. Pero el jefe de espías me cogió de un brazo.

-Ten cuidado en Italia, amigo mío -me dijo-. Aquí nos lanzan bombas de cuando en cuando, pero en el viejo imperio de Mussolini las ciudades que aún controlan los fascistas están en llamas. No corras demasiado riesgos.

Una bomba hizo temblar de nuevo el salón Kitty. Se oyó un estruendo de cristales rotos. Así que dejamos la conversación para más tarde y corrimos al sótano.